

DÍPTICOS, de Rafael Navarro

Concebir una imagen resulta elemental, imprescindible, para una especie que sobrevive a través de sus sueños. Materializar una imagen, llevarla al plano o al volumen, ofrecerla a la vasta interpretación de los sentidos, permite precisar la diferencia entre la onírica capacidad común y la creatividad. En las regiones de la noche todos hemos compuesto una obertura que casi nadie ha sabido transcribir.

La fotografía, que contiene a los años finales del segundo milenio, pudiera parecer predestinada a redimir esa distancia, ya que su fábrica genera imágenes sin que, con excesiva frecuencia, resulte necesario conocer las leyes que gobiernan dicha práctica. Ansel Adams afirmó que sólo quien reencuentra en la copia todo aquello que vió (previsualizó) antes de liberar los arcanos del obturador y el diafragma, es un fotógrafo.

Esta definición, concisa, que a tantos nos excluye, mantiene intacto el espacio que media entre el mítico Aquiles y la tortuga. La obra que ahora nos reúne ocupa ocho años de la vida de su autor y numerosas páginas de manuales y críticas. En ellas se pondera la dualidad, los mundos que se afirman o se niegan, que huyen o se aproximan desde la memoria de dos 13x18, apaisados, que en el confinamiento del passe-partout constituyen un 18x26, vertical. En ellas se analizan la poética, los rastros del psicoanálisis, las filias y las fobias; los relatos, los múltiples relatos que ha dictado su autor y acaso algunas pistas y pautas para su entendimiento. En estas acertadas opiniones abunda la mía.

En la China anterior a la última reforma lingüística la palabra paisaje estaba compuesta por los pictogramas agua y montaña. El carácter empático de esta cultura hacía innecesaria una mayor precisión. Creo que los Dípticos de Rafael Navarro tienen su raíz en esa arquitectura que busca escapar de los limitamientos. Cada una de las obras permanece abierta y nos refleja porque filias y fobias, plenitud y vacío son sentimientos que a todos nos alteran y a todos nos hermanan, y que, en nuestra preciosa individualidad, logran que cada lectura sea irrepetible. Cada Díptico son las dos premisas de un silogismo que ha resuelto el autor y que propone, para que el lector aporte la tercera, posiblemente fuera de los cánones que rigen a la lógica, posiblemente más cercanos a los que rigen el Koan, herramienta común a otras filosofías, también venerables.

A través de los Dípticos transcurren los temas de Heráclito y Parménides; de Freud y de Lang; los sentimientos que inspiraron a Homero y Lao Tzé; a Baudelaire y a Van Morrison, compuestos con la firmeza del autodidacta; abierto y cerrado a todo. Dictados en los estados del ánimo y del desánimo; de la euforia que también es tristeza; en la vigilia del día y de la noche; buscados o encontrados en el transcurso de un viaje o en las esquinas de la vivencia, los Dípticos inquietan o relajan. Dípticos austeros o profusos a cuya historia contiene una cifra y que carecen de título. Presentidos en la obra anterior, dónde la simbología tampoco le era ajena, y que llegan a esta sala cuando su autor transita nuevas formas, otras formas de ver, que surgen, siempre, de su propia experiencia.

Queda ante ustedes el ejercicio de su desciframiento, el resolver cuantos enigmas plantea una obra, ya completa y cerrada, que ha merecido su presencia en los mejores museos y colecciones.

El Día de Aragón/Ángel Fuentes 1990